



Centro Cultural Recoleta,  
Testa-Bedel-Benedit, 1979.  
Edificio de 1870  
refuncionalizado con  
incorporaciones de la  
plástica testiana

arquitectura con identidad nacional o regional. Pero a veces, nuestra posmodernidad se resintió por el individualismo de propuestas, por reelaboraciones según imágenes fragmentarias y caprichosas. Se le criticó la pérdida del compromiso social de la arquitectura (condición intrínseca del Movimiento Moderno) en pos del hedonismo visual y de la ironía, «transformada para los americanos en una bofetada que manifestaba el desprecio por las urgentes necesidades de nuestra población y el derroche de los siempre escasos recursos. Una doble ironía inaceptable cultural y éticamente»<sup>17</sup>.

Los ochenta afirmaron nuevas formas de construcción de viviendas de interés social según operatorias de pequeña escala, por autoconstrucción y ayuda mutua y a través de instituciones intermedias donde usuario, profesional y asistente social trabajan al unísono. Tales las acciones implementadas por el CEVE en Córdoba y por el equipo de Víctor Pelli en el Noreste<sup>18</sup>, soluciones alternativas a los desacreditados macroconjuntos de los años anteriores que habían constituido sólo un buen negocio para las empresas constructoras y un motivo de propaganda política para funcionarios de turno.

Otra característica del momento fue la ocupación profesional en la remodelación y el reciclaje (un poco por espíritu de preservación, un poco por falta de obras de mayor envergadura) de viejas construcciones: casas chori-zo (tipología de habitaciones alineadas a lo largo de un patio), galpones, talleres. Fue un campo para experimentar modos de intervención donde algunos prefirieron la «perversión irónica» que creaba escenografías. Otros optaron por un cuidadoso estudio para adecuar lo existente a lo incorporado, con un diseño contextual apoyado en la teoría y la crítica que estaban en plena elaboración en el país.

<sup>17</sup> «Reflexiones al cierre de los ochenta», por Ramón Gutiérrez, en Adriana Irigoyen y Ramón Gutiérrez, Nueva Arquitectura Argentina, Escala, Bogotá, 1990.

<sup>18</sup> Ver «Una arquitectura del futuro en América Latina», por Víctor Pelli, en Nueva Arquitectura en América Latina, Antonio Toca Editor, Gustavo Gili, México, 1990.

## La afirmación de nuevas posturas teóricas

Los grupos de estudio de fines de los setenta de La Escuelita o de la Sociedad Central de Arquitectos generaron otros, enrolados siempre en el debate internacional desde el cual se analizaba nuestra realidad arquitectónica. El más importante, por su seriedad y profundidad de análisis, fue el encarado por Francisco Liernur, enrolado en la corriente crítico-historiográfica de Manfredo Tafuri. Pero a partir del Congreso de Preservación del Patrimonio Arquitectónico y Urbano de 1980 y de las Jornadas Réflex 1981/82, se afirmó un grupo cada vez más numeroso de profesionales y críticos de distintos países iberoamericanos interesados «en determinar el papel de la historia» (de la propia, por supuesto) «en el diseño, las intervenciones en el patrimonio y para sentar un debate teórico para definir los rasgos de una arquitectura alternativa surgida de nuestra esencia y condiciones particulares»<sup>19</sup>. Fue una situación que no negaba la adscripción al mundo occidental, superadora de la dicotomía centro-periferia, de lo central y de lo dependiente, de la supuesta problemática antagónica entre regionalismo y modernidad y la contradicción aparente entre universalidad e identidad y que a su vez evitaba toda postura nostálgica, folclorizante o reaccionaria.

El proyecto de la modernidad con su pretendido carácter universal, con su abstracción, racionalización, sistematización, no ha generado las respuestas esperadas en todas partes: en los países iberoamericanos «no de vuelta de la modernidad como en los países desarrollados sino en camino hacia ellas, las tendencias globalizantes chocan con problemas de tal magnitud que suelen desembocar en una mera traslación de imágenes, faltas del soporte económico, productivo y tecnológico que podría convertirlas en arquitecturas reales»; debe entonces buscarse una modernidad que sea compatible con el tema del regionalismo, de la búsqueda de la identidad regional, de apreciación del lugar, etcétera.

Por ello, la identidad no debe encontrarse sólo explorando el pasado ya que «ella es en sí misma un proceso, algo en permanente construcción»<sup>20</sup>. Se introduce así el concepto de «modernidad apropiada, no obligada a reproducir los logros —y también los errores— del hiperdesarrollo al apropiarla al modo latinoamericano»<sup>21</sup>.

En este avance conceptual, se rechaza el llamado regionalismo crítico o de resistencia, que parece ser la opción que da el mundo desarrollado al tema, prefiriendo hablar de «divergencia» para el caso de esta arquitectura «otra», fruto de la reflexión desde la propia circunstancia. Antes que rechazo, redefinición de modernidad: ésta «que había sido identificada con el progreso material, científico y tecnológico (en lo que ha fracasado), po-

<sup>19</sup> Ver «Declaración Réflex 81», Revista de la SCA, n.º 119, Buenos Aires, 1982. Esta postura, gestada en la década anterior a través de investigaciones y cursos en la Universidad Católica de Córdoba (Marina Waisman, César Naselli) y en la del Nordeste (Ramón Gutiérrez, Ricardo Alexander), y de la acción del Instituto de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo, se afirmó a través de los SAL Seminarios de Arquitectura Latinoamericana que siguen efectuándose en diferentes ciudades.

<sup>20</sup> Ver «Cuestión de divergencias», por Marina Waisman, en *Arquitectura Viva* n.º 12, mayo/junio de 1991.

<sup>21</sup> Ver Fernández Cox C., *Modernidad apropiada en arquitectura: tres aproximaciones y un intento*, Ed. Taller América, Santiago de Chile, 1990.